

Capítulo I

Los Precursores

Presentación

A medida que pasan los años los recuerdos se hacen más vagos y en mi caso particular las fechas no merecen ni merecieron nunca mucha atención, solo voy guardando las imágenes de los momentos importantes o de valor en mi vida. Uno de ellos fue el haber conocido a Jorge González en la redacción de la revista Weekend, lo fui a visitar con un modesto sobre con diapositivas y a hablar sobre la posibilidad de colaborar en un número de la revista donde él tenía ya en los '80 un sector exclusivo para los relatos y actividades de montaña. El encuentro terminó en un café donde quedé sorprendido por los conocimientos que Jorge tenía en esa época sobre las actividades de montaña de los argentinos y lo que venía sucediendo en el exterior y de su pasión a la hora de relatarlos. A partir de ese encuentro fuimos compartiendo una amistad y gracias a él también pude conocer a personajes de la montaña que tal vez no hayan tenido renombre mediático pero que sin embargo mantenían o mantienen una filosofía de la montaña que de a poco va en vías de extinción en este mundo rápido y globalizado.

Montado entre generaciones Jorge ha tenido la fortuna de conocer a los próceres del montañismo nacional, ver la evolución del alpinismo local y de sus escuelas, Bariloche, Sierra de la Ventana, Córdoba y Buenos Aires con sus muros urbanos en los laterales de la Av. General Paz, la chimenea de Escobar y un poco más tarde la Palestra del C.E.N.A.R.D. Tuvo la oportunidad de presenciar los procesos de desarrollo de la fabricación de productos para y por montañistas, que a la manera de Ivon Chouinar con Black Diamond en U.S.A., tuvieron la necesidad de fabricar sus propios equipos por falta de equipos importados, como fueron los casos de *Fugate*, Héctor Vieytes con sus bolsas de dormir y camperas de pluma, Daniel Villarruel con *Libo*, Gustavo Glikman con *Outside*, entre otros.

Como montañista podemos decir que Jorge lo ha dado todo por la montaña ya sea en el terreno de juego con sus innumerables expediciones o con su vida y que cuando el llamado de ella ya fue incontenible decidió dejar las paredes de la gran urbe para ir a vivir a ella de manera permanente.

Dentro de mi imaginario personal separo sin juicios de valor a escaladores de montañistas, es decir los primeros toman a la montaña como terreno de juego para practicar el deporte de la escalada solamente, los segundos toman a la montaña como un camino, camino que puede ser en muchos casos difíciles y con nortes imprecisos ... que mejor concepto que la frase

LOS CONQUISTADORES DE LO INUTIL del gran Lionel Terray para reflejar el sentimiento de nuestra pasión, Jorge esta dentro de esta segunda clasificación.

El trabajo de recuperación histórica de textos y de relatos que ha hecho y hoy vemos plasmado en este libro es sin duda un aporte invaluable para nuestro montañismo, para los que no están como homenaje a su amor y su valor, para los que estamos aun vivos para que nos regocijemos con su lectura y para las generaciones venideras para que no se olviden de los orígenes de esta actividad que tanto amamos de la mano de un indiscutido referente.

Alberto del Castillo

El primer Capítulo nos introduce a la Historia del Montañismo a través de la reflexión que en su momento hacían otros autores y que me he permitido reproducir en sus conceptos principales. Así tomamos contacto sobre todo con el escenario de entonces que es importante conocer a fin de poder armar un juicio de valor de aquellos tiempos pioneros.

Los precursores desde la colonia hasta el año 1900

Por Evelio Echevarría (Revista Anti Suyu, nº 4, enero 1988)

Durante los años de la colonia y los primeros decenios de la república no hubo montañismo, pero la cordillera no quedó totalmente abandonada. Fue en esos siglos cuando se gestaron los toponimios de origen castellano, el folklore propio de las montañas y una cartografía incipiente. Quizás pudo haber existido una cierta clase de montañistas: los huaqueros. Aquellos violadores de santuarios incásicos, recibían información de sus antepasados indígenas sobre la existencia de “huacas” cumbreiras y su actividad. Esta actividad comenzada en fecha desconocida pudo haberse extendido hasta nuestros días. Pero esto nunca lo sabremos...El siglo XX vió la expansión de la frontera, desde las ciudades de la costa hacia el interior de la pampa. Se llegó después al piedemonte y luego a las montañas mismas. La primera ascensión andina que se tenga registro fue la de un explorador militar, M. Olascoaga quién, con algunos soldados, ascendió la cima del Volcán Domuyo (4660), en 1882. Un año después, apareció el primer deportista propiamente dicho. El alpinista alemán Paul Gussfeldt ascendió al Volcán Maipo (5290) e intentó el Aconcagua alcanzando los 6560 metros. Se alternaron entonces alpinistas y exploradores. Las comisiones de límites de Argentina y de Chile cartografiaron la cordillera fronteriza y aún ascendieron ciertas cumbres de la Puna. Los alpinistas, como era costumbre, también debían ser científicos y realizaban estudios y levantamientos cartográficos y geológicos, a la par que las actividades deportivas.

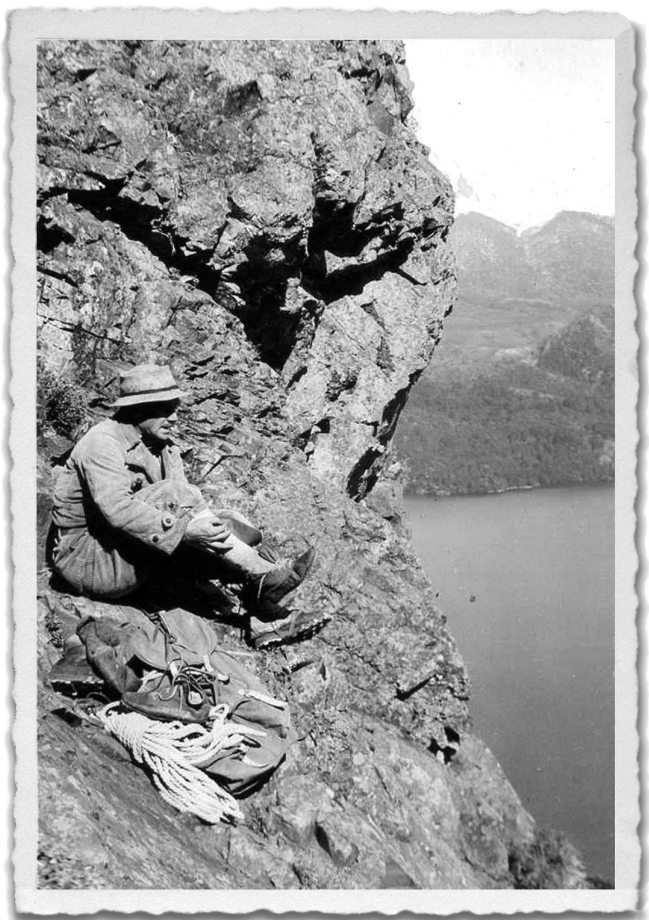
La más famosa expedición de esta clase que haya pisado territorio andino argentino fue la de Fitz Gerald en 1897. Sus componentes ascendieron las cumbres del Aconcagua, Tupungato y Cathedral. Fitz Gerald publicó su obra “*The highest Andes*” (1899), uno de los libros “reliquia” del

deporte de montaña sudamericano.

En 1901, un grupo sueco bajo el mando de De Rosen ascendió el Nevado del Chañi (6060) inaugurando el “andinismo arqueológico” al encontrar en la cima objetos y construcciones Incas. Pero la figura descollante, tanto del andinismo argentino como chileno, es la del Dr. Federico Reichert. Alemán, nacido en 1878, llegó a la Argentina contratado por el gobierno como químico, geólogo y explorador. Se le encomendó primero la tarea de buscar boratos en la Puna y a la par de su obra científica y cartográfica, escaló las cumbres del Socompa (6031), Chañi, Juncal (6110), Nevado del Plomo (6050), Polleras (5947) y Tupungato. Los deportistas del cono Sur le han hecho justicia y lo llaman “el padre de los andinistas”. Reichert cesó sus andanzas en los años 40 y falleció en 1953, a los 75 años de edad. Entre los inmigrantes radicados en los países andinos, los germanos son los que más se distinguieron por su dedicación al montañismo. Después de Reichert, sobresale Rudolph Hauthal con sus primeras ascensiones a cumbres como la mayor del Aconquija (5550), del Rincón (5610) y de los volcanes sureños: Planchón, Peteroa y Lanín. En el gran nevado Colorado de Famatina, la nieve le impidió ver los restos dejados por los indios que lo habían precedido por varios siglos. Eso fue antes de 1900.

Los germano-chilenos, por su lado, alcanzaron varias cumbres fronterizas: Riso Patrón (5750), Nevado Los Piuquenes (6010), Marmolejo (6100) y Volcán San José (5880), entre otras de la frontera con Mendoza.

La primera guerra mundial obstaculizó el vigoroso andinismo alemán en Argentina y Chile, precisamente cuando Reichert se preparaba para dirigirse a la Patagonia. Quien logró realizar repetidas expediciones australes entre 1915 y 1942, fue el fraile italiano Alberto De Agostini que dio a conocer las cumbres de aquellas tierras. Exploró y fotografió metódicamente los Andes australes desde el cerro San Lorenzo (3701) hasta el monte Sarmiento (2134) y en distintas expediciones logró las primeras ascensiones de ambas cumbres. Pero toda aquella actividad de extranjeros radicados en el país era esporádica. Si hubo actividad practicada en forma sostenida fue en el monte Aconcagua. Las víctimas que el gigante cobraba según se sucedían tentativas y ascensiones no hacían sino acarrearle mayor notoriedad. La primera víctima fue el austriaco Hans Stepanek (1926), quien había realizado a modo de aclimatación y entrenamiento la primera ascensión de El Plata (6100) y de otras cumbres del mismo macizo.



Otto Meiling un verdadero precursor de la escalada en la época del '30 y '40 en Bariloche, donde murió a los 87 años de edad. Foto: Colección Federico Finó.

Pero, conforme pasaban los años aumentaba también el número de expediciones exitosas al Aconcagua...

Según Evelio Echevarría: “Es de los deportes alpinos de entreguerras que se originaron sus equivalentes andinos. El ski y el andinismo sudamericano nacieron bajo la tutela europea y por tanto, las innovaciones y los modelos que necesitaban los sudamericanos tenían que venir de Europa. Y en ello influyeron sobre todo, Alemania, Austria, Italia y Francia.”

Veinte años de alpinismo-andinismo en el Club Andino Bariloche

Por Rodolfo D. Venzano y Andrés Lamuniére (Anuario Club Andino Bariloche , nº 20, año 1952)

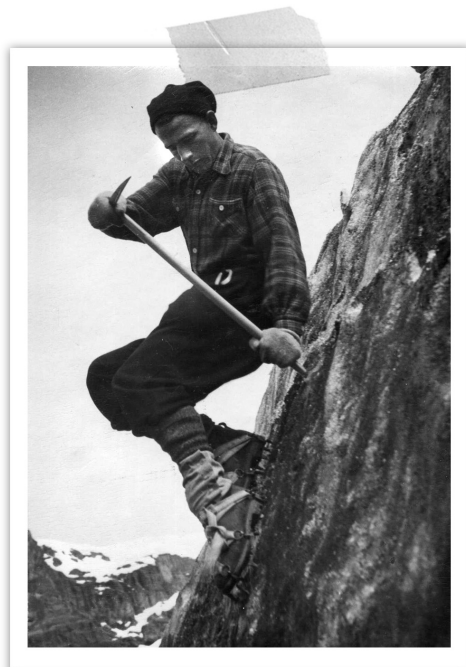
“(...)vamos a recapitular las circunstancias más corrientes bajo las cuales deben efectuarse gran parte de las excursiones en sus primeras etapas y hasta poder alcanzar las altas regiones de las praderas alpinas, rocas, nieves y hielos. Demás está decir que, el regreso, es una reedición de la azarosa lucha...Esta dificultades son a menudo tan extraordinarias que requieren un esfuerzo, por lo menos tan grande como el necesario, para el escalamiento de rocas y glaciares.

...la mayor parte de nuestras montañas conservan intacta su belleza natural, vale decir que sus flancos inferiores permanecen recubiertos de espesa vegetación sin ninguna clase de sendas para escalarlas.

Cumplir esta etapa no significa problema alrededor del Lago Nahuel Huapí y en algunas otras regiones en donde los caminos carreteros y la navegación lacustre nos conducen rápidamente a

la misma base montañosa. Pero es muy corriente el caso de tener que andar muchos kilómetros a pie o a caballo a lo largo de valles, siguiendo senderos más o menos dudosos, en cuyo transcurso debe vadearse un río o torrente varias veces o bien cruzar extensos mallines casi siempre pantanosos o cenagosos.

Con frecuencia, la senda se arrima de pronto al faldeo lateral del valle y asciende 50 ó 200 metros, ya sea porque el fondo del valle es demasiado pantanoso o bien porque derrumbes de árboles muertos lo obstruyen. Se adelanta siempre de manera indiscutiblemente lenta...Todavía resulta más dificultoso acercarse a la meta en zonas deshabitadas o inexploradas; cuando no existe ninguna clase de senda para llegar al pie de la montaña que queremos escalar. Por lo común hay que seguir un profundo cañadón con faldeos laterales de más de 1000 metros, cubiertos de



Carlos Sonntag. Junto a Alfredo Magnani y Francisco Ibáñez fue becado a la École Nationale de Ski et d'Alpinisme de Francia en 1952 y ser los primeros en recibir un título de Guías de Montaña. Foto Augusto Vallmitjana, descendiendo una pared de hielo con la técnica de 10 puntas, década del '50.

bosques y matorrales, grandes rocas, montones de árboles derribados, torrentes caudalosos, angostas gargantas y zanjones.

Estos obstáculos son a veces tan fatigosos de salvar que es preferible dejar el angosto valle subiendo esos faldeos laterales, con lo que se alcanza la cresta montañosa siguiendo después por el filo en dirección a la cumbre. Pero, este recorrido, suele tomar caracteres de aventura por las continuas subidas y bajadas, gendarmes y torreones, nieve a veces pesada o helada, vientos fríos o neblinas. Todo esto, sin embargo, suele ser preferible al recorrido por el valle angosto. Llegar hasta la base del cerro puede insumir en estos casos, hasta diez y quince días (según el estado del tiempo), debiéndose acampar, trasladar víveres y equipos a pie y, en ocasiones, abriéndose paso a machete.

La Cordillera de Patagonia tiene 100 kilómetros de ancho y, a excepción de una estrecha faja de 20 kilómetros del lado oriental, que tiene bosques aislados, todas sus laderas y valles se hallan completamente recubiertas de un gran manto de bosques y formaciones arbustivas que solamente se interrumpe por arriba de los 1600 metros de altura para la latitud de Bariloche. Esta vegetación generalmente muy densa, está arraigada a las rocas y tierras del faldeo y si éste tiene más de 30 grados de inclinación, crea una cantidad de obstáculos al andinista empeñado en subir. Los matorrales más comunes son los de caña coligüe y de quila. Los tallos resbalosos y flexibles forman haces entrecruzados hasta en las fuertes pendientes y precipicios rocosos y el excursionista se ve obligado a abrirse paso con ayuda del machete, pasando sobre una trama con frecuencia tan densa que debe pisar sobre las mismas y elevado del suelo.

En otros lugares, donde los macizos de estas cañas están tan próximos entre sí que sus tallos se entrecruzan a manera de bajísimos arcos ojivales, hay que lanzarse cuerpo a tierra para avanzar. El encuentro con gruesos troncos caídos suele ser un alivio, porque entonces se trepa sobre ellos y es posible adelantar 20 ó 30 metros de tal modo. Con todo, el progreso es tan lento y fatigoso que puede resultar una velocidad de 200 metros lineales por hora...Parecidas dificultades surgen al cruzar el bosque arbustivo de ñire y lenga porque los tallos se desarrollan oblicuamente debido al peso de las nieves invernales. Para atravesar en verano estas formaciones se hace preciso transitar por sobre los tallos muy inclinados mientras se bracea enérgicamente entre las copas sin pisar el suelo que suele ser muy “parado” como dicen los paisanos. Las cartas topográficas detalladas han brillado siempre por su ausencia dando motivo a que cada excursión nueva se convierta en una caja de sorpresas, con sus correspondientes rodeos, subidas y bajadas inútiles, que se podrían evitar con un buen mapa. Desde hace pocos años, el Instituto Geográfico Militar del Ejército Argentino se ha dado a la honrosa tarea de publicar excelentes mapas por levantamiento aerofotogramétrico, al 1: 50.000 y 1: 100.000 que abarcan las Cordilleras de Río Negro, Neuquén, Mendoza y San Juan, con lo cual ha prestado un señalado servicio a los deportistas de la montaña. A pesar de muchos caminos, sendas, casas y hosterías levantadas en distintos valles durante los últimos 40 años, las condiciones de tránsito no se han modificado para la mayor parte de lugares.

Las instalaciones humanas que se internan más cerca de las montaña consisten en puestos, ranchos y “rucas” poblados por vaqueros y ovejeros. Esta gente conoce perfectamente bien los faldeos

inmediatos que recorre para repuntar los animales y puede suministrar informaciones valiosas acerca de picadas, sendas y veredas de animales.

Por lo general, los macizos montañosos más interesantes se ubican a muchos kilómetros de las hosterías, estancias u otras casas de campo. El trepador de montaña debe resolver el transporte de sus víveres, abrigos y campamento, ya sea a caballo o más comúnmente a pie, debido a la completa falta de carreteras. En algunos casos, se hace preciso repetir la subida para traer la carga imprescindible... Hemos hecho alusión a los recorridos a través de valles y montañas, nunca o casi nunca antes frecuentados por el hombre, donde la topografía es desconocida y el acceso difícil por la vegetación y los ríos. Las exploraciones llevadas a cabo durante los últimos 20 años, constituyen un valioso aporte al conocimiento de importantes sectores de la Cordillera de Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz y de la parte correspondiente a la Cordillera de Chile. Con fechas posteriores a la realización de algunos de estos recorridos se han publicado algunos mapas oficiales por procedimiento de aerofotografía que no han hecho sino confirmar la existencia de una cantidad de valles, lagos, cerros, glaciares y grandes cascadas, descubiertos por los socios del Club Andino Bariloche.

El nacimiento del alpinismo

Entre los visitantes que llegaban a Chamonix en el siglo XVIII apareció un joven de apenas 20 años proveniente de Ginebra, dueño de cierta fortuna e inclinado al estudio de las ciencias naturales: Horace Benedict de Saussure. Corría el año 1760 y el joven quedó visiblemente impresionado por la mole del Monte Blanco, que elevaba su cumbre a 4807 metros de altura. Sintió un deseo irresistible por escalarlo y llegó a ofrecer una recompensa importante a quien se convirtiera en el primero en lograrlo. Los glaciares, grietas, campos de nieve, bruscas tormentas y la ignorancia de sobre si el ser humano podía soportar aquél frío y aquella altura, hicieron que el Mont Blanc mantuviera alejada a la gente del valle hasta 1775, año en el que cuatro fornidos guías decidieron aceptar el reto de Saussure. En el punto que después se llamó Valle de la Nieve, se vieron invadidos por una sensación de gran agotamiento, conocida como "lasitud glacial", una sensación producida por las "bolsas" de aire estancado y saturado de humedad que se forman por la intensa reverberación solar de la nieve. Regresaron y lo ocurrido contribuyó a la creencia de que aquella montaña era imposible de escalar. El desafío que había puesto en marcha Saussure lo retomó un nuevo personaje que entró en escena: Michel Gabriel Páccard. Había nacido en el mismo valle de Chamonix y estudió medicina en Turín y París. A principios de agosto de 1786, Páccard contrató a un guía joven de nombre Jacques Balmat, que se ganaba la vida cazando gamuzas y recogiendo cristal de roca. Ambos partieron cargados de comida, mantas y los instrumentos de medición de Páccard. Al segundo día, tras escalar empinadas laderas, alcanzaron a las 3 de la tarde la parte más alta del Valle de la Nieve, ahora denominada Grand Plateau, donde no había estado ningún ser humano hasta ese momento. Habían escalado 11 horas y todavía faltaban 1000 metros para la cima. A las 5 de la tarde estaban en la

cresta nordeste y a unos 300 metros de la cúspide, separados de ella por unas fáciles y suaves laderas de nieve. El fuerte y helado viento y el tremendo cansancio los hacía detener con frecuencia para buscar respiro, pero finalmente, a las 6 y media de la tarde, alcanzaron la cumbre. Era el 8 de agosto de 1786. El alpinismo moderno acababa de nacer.

Sobre los bautismos

Debo reconocer que hasta que no leí los textos de Evelio Echevarría en su obra *Chile Andinista: su historia*, no reparé con profundidad en su reflexión acerca de otra tarea que tuvieron o se tomaron a cargo los pioneros, primeros, precursores o conquistadores de nuestros Andes. Me refiero a la tarea de dar nombres a muchas montañas o accidentes físicos que exploraban o recorrían por vez primera. Algunos han tenido el respeto a la toponimia del lugar o la ya existente, otros han visto su vanidad complacida ante tamaña posibilidad. Un derecho ganado refrendó en la cartografía aquellos primeros bautismos y así quedaron hasta nuestros días. Pasó en el mundo entero. Todavía en mi época tuve la suerte de hacer uso de esa posibilidad y creo haberla llevado a cabo al menos con respeto. Es inevitable acudir a los nombres que sugiere el accidente geográfico por su similitud o parecido con un elemento determinado, a una circunstancia o suceso del momento, al nombre de alguien en cuyo recuerdo u homenaje se hace el tributo, a una festividad o celebración del día en cuestión o alguna u otra razón valedera. Cual sea, debemos pensar un poco, no apresurarnos a satisfacer solo nuestro ego, tener en mente algo más que nuestro protagonismo y sobre todo recordar que estamos de paso ante esa circunstancia pero muy probablemente, otros ojos hayan podido contemplar antes que nosotros esa montaña y simplemente se hayan extasiado sin necesidad de querer pasar a la posteridad por ser los primeros.

Esto es una suerte de homenaje al baqueano que recorre los pasos y quebradas más apartados de nuestra cordillera y se convierte en auxiliar principal de las incursiones que, con fines de estudio, exploración o deportivos se realizan a las montañas. A lo largo de una quincena de expediciones, he podido convivir lo suficiente con sus historias, su sapiencia y fantasías y, en cada despedida, supe que dejaba un amigo nuevo en las montañas.

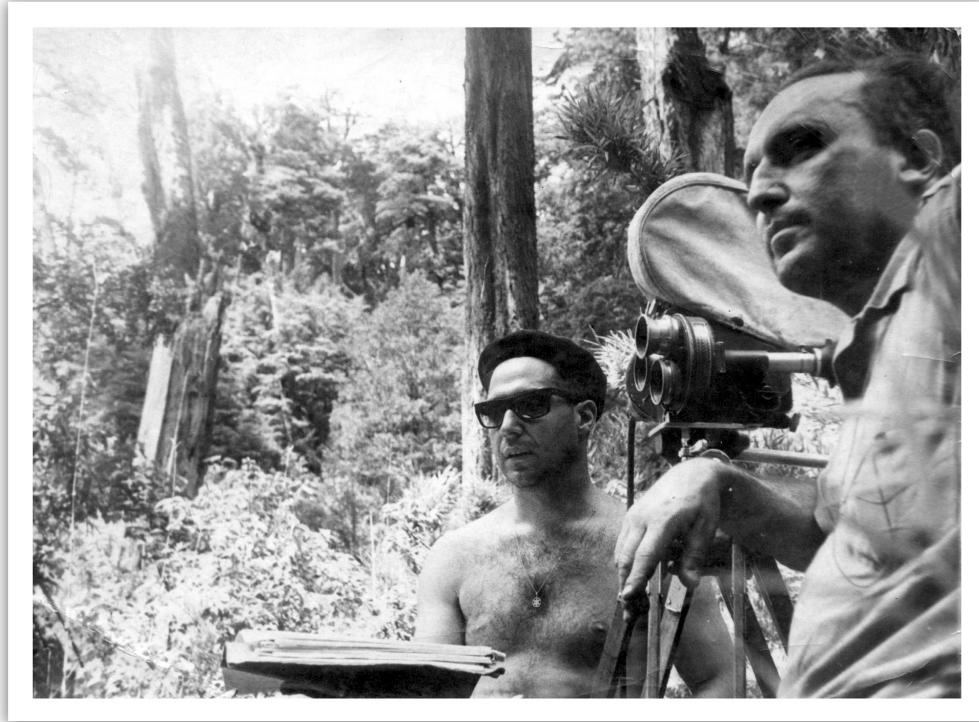
El arriero

En cada zona adquiere una expresión particular, un modo propio de cargar los animales, de tratar la carga, de juntar recuerdos, pero en todos ellos encontré un carácter templado por los vientos y noches frías a la intemperie. Los momentos compartidos cerca del fuego, las largas charlas en torno al mate, son motivo de incontables anécdotas y, aunque muchas veces es necesario descifrar de ellas la verdad de la exageración, todas me han enriquecido enormemente. Desde

la Patagonia hasta Jujuy, hemos dependido del arriero, que llevando las cargas pesadas de nuestro equipo y comida en mulas o caballos, facilitó el acceso hasta los campamentos base desde donde se encara la ascensión al objetivo. Generalmente queda el acuerdo tácito de compartir la comida de la expedición a lo largo de los días que demande la marcha de acercamiento y convenido el precio a pagar, por día y por mula incluido el regreso, se fija una fecha para la vuelta, normalmente con menos animales. Tanto como los porteadores del Himalaya, los arrieros de nuestra cordillera en la franja central de los Andes o el Altiplano, son fundamentales para el éxito de una expedición, ya que llegar a las montañas requiere allí de dos a tres días de caminata. Este esfuerzo fácilmente se duplicaría de ser necesario portar con mochilas a la espalda todo el equipo que se moviliza, amén de un tremendo desgaste físico cuando todavía no ha comenzado el verdadero ataque a la cumbre. Por lo común, la mayoría de los campamentos base de montañas que superan los 5000 metros de altura, oscilan entre los 3500 y 4200 metros, donde no hay pastura ni clima benigno para los animales. A pesar de ello, las mulas alcanzan los pies de las morenas terminales de los glaciares, superan altos faldeos que dejan cientos de metros abajo los serpenteantes ríos de deshielo, pechan en los cascajales, cruzan un tumultuoso río vadeando su cauce y a veces nadando un corto trecho, superan planchones de nieve, mallines, bosques y largas lomadas cuando llega el descanso de la primera jornada de marcha, después de quitar la carga a los animales y manearlos para que no se vuelvan, el arriero tiende los blandos pellones en el suelo y, tapado con sus mantas de grueso hilado, duerme bajo las estrellas.

Las nobles tercas

La mula, cruza de yegua y asno, a veces terca y mañosa, hace el trabajo más duro. Su resistencia al gran esfuerzo, así como su gran sentido de equilibrio para salvar todo tipo de obstáculos de un camino angosto, barrancos o extenuantes subidas, las convierte en el animal ideal para estas tareas. Utilizada por los puestos fronterizos de Gendarmería Nacional en sus largas incursiones por los valles y altos pasos, es también el animal de carga del que se vale el arriero para los transportes de equipo de las expediciones. La acaricia en el corral hasta aquietarla y ponerle el bozal o cabezada. Muchas veces le envuelve la cabeza con una manta y comienza por colocarle sobre el pelaje un sudadero de lona, encima del cual va el mandil de fieltro de unos tres centímetros de espesor. Luego, la carona, tapa de cuero que protege el mandil del roce y por último, un cuero de oveja con el lado liso hacia arriba para que sirva de acolchado. Por último, se colocan las albardas de hierro, sobre cuyas dos piezas laterales irá dispuesta la carga. Todo ajusta con dos cinchas gemelas por debajo de la panza del animal, que se queja con los tirones, se hincha y abre las patas bufando. Será conveniente que la carga se disponga en cajones de madera no tan grandes o bolsas marineras de lona con pesos similares. Todo se ajustará con cuerdas para evitar que se aflojen ante el continuo balanceo del animal y las bajadas y subidas a que está obligado. Una mula puede soportar un peso de 150 kilos, pero esto dependerá del terreno y el largo de la marcha. Las jornadas suelen promediar de cinco a siete horas, esto es de veinte a veinti-



Héctor Edelberg y Pablo Szir en 1965 en la Bahía López, en el momento que hacían el documental "Diario de campamento". Foto gentileza Héctor Edelberg.

cinco kilómetros de distancia por día, ganando a veces más de mil metros de desnivel. Emparejado el vaso con un cuchillo, se le pone las herraduras, que en la zona de montaña alcanzan una vida útil de unos cuarenta y cinco días. Finalmente, los animales cargados parten con el arriero hacia las alturas.

Mi deuda

Muy tirados al Sur, donde el generoso espacio se puebla de vellones de oveja y el hombre se hace duro como respuesta al viento, el arriero suele usar caballos. En las estancias ese es el animal de uso y, ante la necesidad de transportar una expedición, la ayuda se brinda sin titubeos. El hombre usa un grueso capote chileno bajo la lluvia y sin detener su montura arma un cigarro y guarda su tabaquera hecha con el cogote de avestruz. En unas alforjas llamadas chiuas, hechas de tiento y alambre de fardo, lleva su carga personal y bien apretada al anca del animal, evita los enganches en el bosque de lenga. Por la noche, el leño quema las horas, enrojece los rostros entre luces y sombras a su abrigo reúne historias y charlas sobre el león americano. La pava se ahúma y el mate amargo resulta el compañero inseparable. No falta la oportunidad para estaquear con varas frescas un cordero que repondrá fuerzas y amainará el cansancio. La nieve, el

viento, las lluvias, seguirán marcando los días de Muñoz y Benedicto en el San Lorenzo; de los peones de Pampa Linda, cerca del Tronador; de Marcial Fernández, más allá del Puelo; de los Lada, en el lago Belgrano; del puesto Tromen, en Lanin; de Perito Moreno o de El Bolsón. Hacia zonas más duras, menos pobladas de verde y de lagos, donde el desierto se da la mano con cielos amplios sin lluvia, Malargüe, Zapala, Las Lajas, son los nombres de mi recuerdo. En las altas montañas que detienen nubes, de las cuales emerge el Aconcagua como principal altura, los poderosos ríos y anchos playones nos han encontrado. Las jornadas duras bajo el intenso calor del día y los helados vientos de la noche, nos han hecho iguales. Una lagartija escapa a nuestro paso, una florecilla entre las piedras despierta al día, un cóndor vuela alto, un guanaco altivo mira desde las faldas. Allí resalta el más mínimo vestigio de vida y el encuentro del hombre con el hombre se hace hondo. El arriero supera los grandes acarreo, vadea el río marrón que baja de las alturas y reniega de las mulas ariscas que se han revolcado con la carga. El marco de la cordillera ha signado su vida: de caza, con el ganado en las veranadas, trabajando en las minas. Aprendió sobre todo los yuyos que pueden ser útiles, el ajeno para el estómago, la chachacoma para la puna, la nencia para el hígado, el quinchimali para la úlcera o las heridas, moliendo la hoja. Los recuerdos son muchos. Félix Guiñazú y Reinaldo Silva, de Tunuyán; la gente de Portinari, en el Cajón de los Arenales; Nicolás Carabajal, en el Cordón de la Ramada, Punta de Vacas, Barreal, Puente del Inca, Santa Ana. Más al Norte, donde la vegetación da paso al reino mineral y se plasma el más bello exponente del hombre asociado a los cerros, el arriero se hace profundo como el paisaje. En los altos faldeos del Chañi quedó el nombre de Santos. Su casa ha sido nuestra casa. Su charque secado al sol, sus papas, su maíz, han sido nuestro alimento. Allí supe de la yareta y del frescor de la menta. Una hilera de mulas lucha contra la neviza que blanquea las piedras del río y el poncho del arriero chicotea al viento. Lo demás: su coca, sus ojotas, su silencio. Mucho les debo. He ganado enormemente con las experiencias vividas en la Puna bajo las leyendas del Acay o en los Valles Calchaquies tras los vientos del Este del majestuoso Cachi. Estos hombres, a veces olvidados, testimonios de una historia rica, como el viejo Apaza, de Cachi Adentro, son simplemente arrieros y baqueanos que han vivido nuestras andanzas y han compartido la misma sed, el mismo hambre, igual cansancio y en las mejores horas, un cigarrillo, el fuego, la amistad. De manera más reciente, las palabras de Santiago Olmedo con 91 años de edad son elocuentes. El tiempo trajo dolores en las piernas, algunos achaques, la vista que ya no responde. Sin embargo, los recuerdos de su cordillera lo mantienen en pie y aquellas campañas con las comisiones de límites le hacen decir mirándome a los ojos *“Estoy feliz, siento que he servido a la patria”*. Ellos saben lo que es estar agradecido...